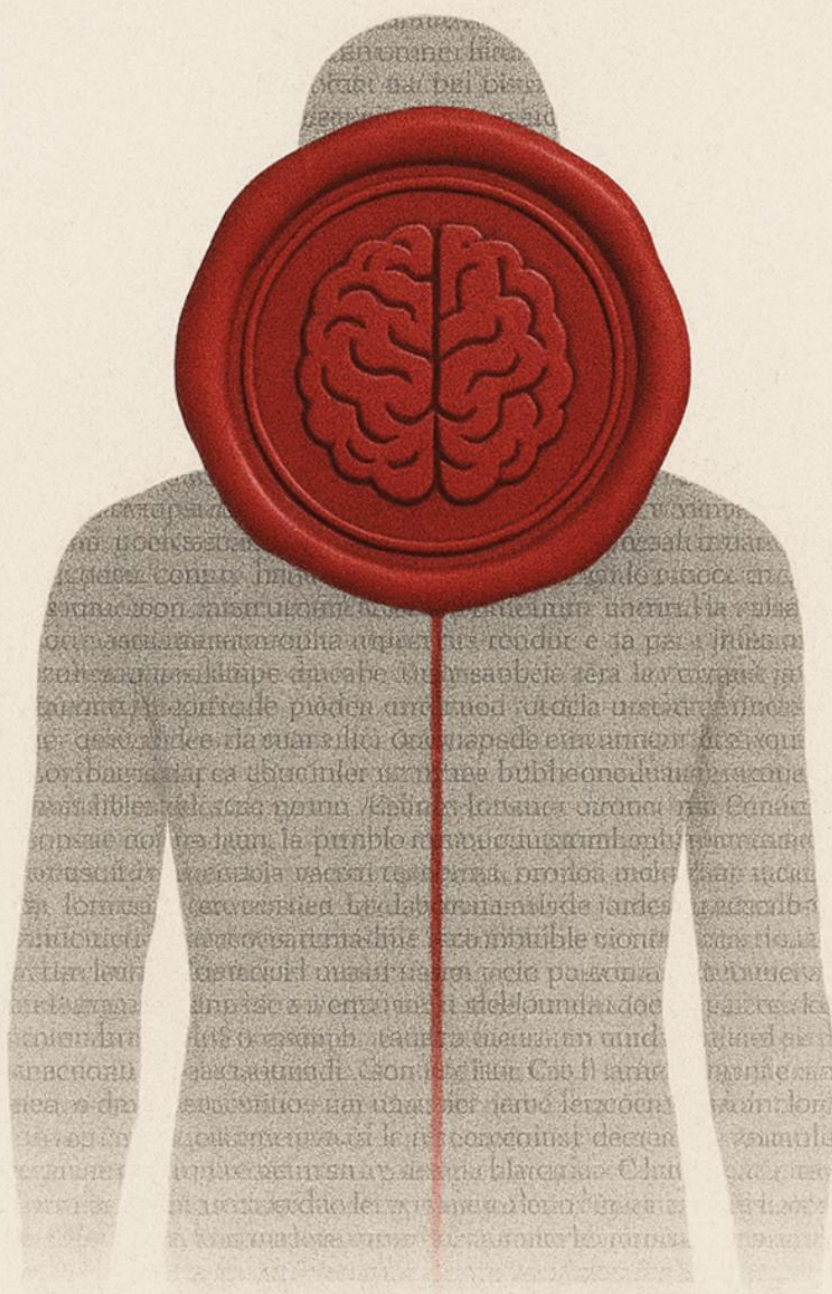


LA GRAN BIBLIOTECA DE LA VERDAD



P. M. Reilly

1.

Romper el sello de un libro nuevo me produce siempre un cosquilleo extraño: una mezcla de reverencia y rutina, privilegio exclusivo de los escribas de nivel siete. Mis dedos siguen el ritual: primero la caricia al lomo, luego lo huelo. Lo huelo como un adicto que inhala su dosis: ese aroma a papel limpio, tinta fresca y destino ajeno. Después viene el quiebre del lacre rojo, seco y definitivo, que marca el fin de una privacidad y finalmente, el suspiro inconfundible de las páginas vírgenes abriéndose por primera vez. Una vida entera, codificada en impulsos neuronales, convertida en texto. Jodidamente poético. Absurdamente invasivo.

Pero este caso es distinto. El expediente 300/874 apareció en mi estación sin aviso. No aparecía en la cola habitual del algoritmo. Ni en el registro de asignaciones, ni en las copias espejo. Como si hubiera aparecido desde una carpeta que no existe. Revisé tres veces los sellos. Todo era correcto. Demasiado correcto. Lo señalé varias veces. Nadie respondió. Ni siquiera el sistema registró mis alertas.

En quince años de servicio nunca había visto algo así. Todos mis casos —y los del resto de escribas— siguen el mismo cauce: un número en pantalla, el siguiente en una lista interminable. Suelen ser vidas corrientes, sin brillo ni titulares. Aun así, incluso entre los expedientes más grises se esconden sorpresas: un tendero que diseñó un sistema de encriptación brillante, una anciana que fue espía durante medio siglo. La gente común es, al final, la mejor guardiana de los secretos más extraordinarios. Y sin embargo, hay algo en este expediente que no encaja en ningún patrón. El papeleo llevaba los sellos correctos y la firma de María, la directora general, en su lugar. Este caso no debería haberse saltado la cola ni haberme llegado a mí.

Especialmente no a un escriba de nivel siete.

Especialmente no a mí.

Cuando la burocracia se vuelve personal es que alguien va a tener un problema. Y ese alguien, sospecho, soy yo.

Mientras ordeno los datos extraídos de su cerebro, preparándome para transcribir otro laberinto de pensamientos ajenos, ya sé cómo empezará el libro. Todos los libros de esta biblioteca son iguales. Mejor dicho, todos empiezan igual con el mismo prólogo que nos recuerda en qué época vivimos.

"Desde las últimas grandes guerras, el mundo experimentó transformaciones tan profundas que la vida anterior, en la que la mentira era una parte aceptada de la convivencia, parecía un lejano recuerdo..."

Qué manera tan elegante de decir que el mundo se fue a la mierda y decidimos que la solución era convertirnos en voyeurs metafísicos. Podría incluso recitarlo sonámbulo, drogado o en medio de un orgasmo. Es nuestra letanía corporativa, esa plegaria secular que todos repetimos como autómatas, aunque nadie recuerde realmente aquellas guerras. Leo las palabras mientras mi cerebro se desconecta, flotando sobre ese prólogo institucional que he memorizado a fuerza de repetición.

"Lo que comenzó como una simple innovación tecnológica pronto se convirtió en la respuesta definitiva a los conflictos que habían desgarrado a la humanidad durante siglos: la abolición de la mentira, incluso más allá de la muerte."

Simple innovación tecnológica. Como llamarle "mejora del barrio" a un bombardeo. De reojo, la pantalla del 300/874 sigue en gris, esperándome.

La narrativa oficial añade: "Este cambio fue motivado por una necesidad imperiosa de reconstruir una sociedad colapsada por la falsedad, por el engaño, por la saturación de noticias falsas y la manipulación de las redes sociales, una sociedad que necesitaba desesperadamente volver a confiar."

Traducción: estábamos tan asustados por habernos engañado hasta el exterminio mutuo que decidimos que la privacidad era un lujo que ya no podíamos permitirnos, ni siquiera en la tumba.

"Así nació la Gran Biblioteca de la Verdad, un proyecto titánico, considerado por algunos como la obra más monumental jamás emprendida por la humanidad."

Por "algunos" entiéndase "los mismos que la construyeron y financiaron". Para el resto, es más bien un monumento a nuestra paranoia colectiva.

Algo que al principio nos pareció divertido, y del que ahora no sabemos prescindir.

"Su premisa era tan sencilla como abrumadora: tras la muerte, ningún secreto, ninguna mentira, se llevaría a la tumba. Cada pensamiento, cada verdad oculta en vida sería desvelada para siempre."

Cuando lo ponen así, casi suena noble. Casi. Cómo venderte una cámara de vigilancia diciéndote que es un ángel de la guarda digital. Reintento la carga. Nada. El expediente sigue sin admitir que existe.

Debería resultarme tedioso después de tantos años, pero hay algo perversamente reconfortante en esa constancia. Mientras todo cambia —gobiernos, paradigmas, incluso el propio concepto de humanidad—, esas palabras permanecen inmutables. Como una piedra en un zapato que te has acostumbrado a soportar. La ironía no es sutil: buscando erradicar la mentira, hemos convertido la verdad en un dogma tan rígido como cualquier religión de antaño.

Si mentir nos llevó al desastre, hicimos de la verdad un servicio público, también después de la muerte. Nada de épica ni moralina: registro y custodia forzosa. La privacidad dejó de ser un derecho y pasó a ser un trámite; discutible, sí, pero eficaz para todos, incluido sobre todo quien gobierna. Morir es el último desvelado, sin música ni aplausos. Llamadlo transparencia; es control con buena prensa. Las bibliotecas normales te prestan libros para que te los lleves a casa y finjas que los vas a leer. Nosotros custodiamos confesiones forzadas que harían parecer a los reality shows una reunión del club de costura. La mayor ironía: una biblioteca donde nada puede salir. ¿Llevarte un libro a casa? Imposible. La verdad debe estar disponible para todos, por supuesto, pero bajo nuestros términos, nuestras luces, nuestro control absoluto.

...

Continúa en la obra completa...a la venta en Diciembre 2026